



EL POPULISMO EN AMÉRICA CENTRAL

la pieza que falta para comprender
un fenómeno global

maría esperanza casullo
harry brown araúz

coordinadores

Índice

América Central, un silencio ensordecedor	11
<i>Ernesto Semán</i>	
Introducción. Reconstruyendo mitos populistas en América Central	17
<i>María Esperanza Casullo</i>	
<i>Harry Brown Araúz</i>	
1. Durmiendo con el enemigo: la larga impronta del populismo en Panamá	39
<i>Harry Brown Araúz</i>	
<i>Claire Nevache</i>	
2. Costa Rica: el multipartidismo y su efecto en el crecimiento de discursos populistas	67
<i>María José Cascante Matamoros</i>	
<i>Juan Manuel Muñoz Portillo</i>	
3. ¿Populismo en Nicaragua? Autocratización neopatrimonial sin populismo durante el gobierno de Daniel Ortega	95
<i>Radek Buben</i>	
<i>Karel Kouba</i>	
4. Pensar el populismo en Honduras: el caso del Partido Libertad y Refundación (Libre)	121
<i>Daniel Vásquez</i>	
<i>Andréanne Brunet-Bélanger</i>	
5. De la partidocracia al populismo en El Salvador	147
<i>Luis Eduardo Aguilar</i>	
<i>Luis Mario Rodríguez</i>	
<i>Gabriela Santos</i>	

6. Guatemala: los sesgos populistas permanentes en la franquicia democrática	175
<i>Jeraldine del Cid Castro</i>	
<i>Luis Padilla Vassaux</i>	
7. Excursus. República Dominicana: ¿neopatrimonialismo o populismo?	209
<i>Leiv Marsteintredet</i>	
8. Excursus. ¿Populismo en Cuba? Entre la democratización y el autoritarismo	233
<i>Rodolfo Colalongo</i>	
9. Análisis de encuesta regional: los campos narrativos para la construcción de mitos populistas en América Central	255
<i>Harry Brown Araúz</i>	
<i>María Esperanza Casullo</i>	
<i>Jon Subinas Garralda</i>	
Conclusiones. El populismo en América Central	271
<i>María Esperanza Casullo</i>	
<i>Harry Brown Araúz</i>	
Acerca de las y los autores	285

No podrás decirle que lo odias, no te entenderá...
Tranquilo –le consuela la Gran Bestia del Lenguaje–:
los odios se las arreglarán para volver a ser comprendidos.
PEDRO CRENES CASTRO, *Cómo ser Charles Atlas*

América Central, un silencio ensordecedor

Ernesto Semán

En una carta del 28 de julio de 1945, el embajador estadounidense en Buenos Aires, Spruille Braden, le advertía a Ellis Briggs, su jefe y amigo en Washington DC, sobre el desafío que significaba para los Estados Unidos el ascenso de Perón en la Argentina. “Acá no tenemos que lidiar con el estereotipo del dictador latinoamericano o de la oligarquía militar, sino con un problema mucho más fundamental... El tumor del fascismo”.¹

Braden venía de ser embajador en Cuba. Briggs estaba a cargo de las Américas en el Departamento de Estado, y venía de ser embajador en la República Dominicana. Un pasado y un lenguaje lo suficientemente compartidos como para no tener que aclarar lo obvio: cuando hablaban de “estereotipo del dictador latinoamericano” y “oligarquía militar”, se referían a las dictaduras de América Central y el Caribe.

Bordando un horizonte geográfico y conceptual temprano de la política en América Latina y el Caribe, Braden trazaba una frontera fundamental para las teorías sobre el populismo de las décadas siguientes. De un lado, el peronismo (calificado como “populismo” años después), expresión política de la modernización truncada en sociedades complejas, con industrias y clases obreras desarrolladas (y en el caso de la Argentina, que se presentaban como racialmente blancas). Del otro, meras dictaduras que reflejaban el atraso político de sociedades simples, atadas a su producción agropecuaria y la cultura campesina de una sociedad manipulada (presentada con insistencia como racialmente oscura) por personajes corruptos. América del Sur y América Central, modernización y tradición, populismo y repúblicas bananeras. Hay que reconocer la eficacia contundente de aquel mapa. El conjunto de oposiciones binarias forjado en aquellos años de posguerra marcó la agenda intelectual y académica

1 Spruille Braden a Ellis Briggs, Buenos Aires, 28 de julio de 1945, n° 35, “Correspondence, Diplomatic, 1945, A-B”, carpeta, sbp. Spruille Braden Papers, Rare Book and Manuscript Library, Columbia University (cit. en Semán, 2017).

de la segunda mitad del siglo XX con tanta o más fuerza que la que ejerció sobre la política exterior norteamericana.

Tiempo más que suficiente, entonces, para una revisión de aquellas suposiciones. Bien dicen los autores en la Introducción a este libro que “leeremos mal la historia política de toda América Latina si no ponemos a América Central en el centro”. Leeremos mal la historia del populismo si no nos detenemos en la distinción al parecer tajante entre modernización y sociedades tradicionales. Leeremos muy mal la historia de América si no nos adentramos críticamente en esa “excepcionalidad sudamericana” que atribuye al Cono Sur (con el ocasional agregado problemático de México) la singularidad virtuosa de la modernización para montar sobre ella la particularidad defectuosa del populismo.

El movimiento vital de recentrar América Central tiene resonancias de aquel texto de C. L. R. James en “From Toussaint L’Ouverture to Fidel Castro”, el apéndice de 1963 a su obra maestra sobre la revolución haitiana. James recuerda ahí que los esclavos de Santo Domingo estaban en el centro de una nueva era: la producción de caña que requería altos niveles de desarrollo tecnológico y coordinación para la elaboración del azúcar, la emergencia de protoburguesías mercantiles y navieras, la explosión del consumo de masas en Europa, los debates sobre el sentido universal de la idea de igualdad. “The Negroes, therefore”, escribía James, “from the very start lived a life that was in its essence a modern life” (1963 [1938]: 306).

Ese solo gesto contracorriente ya amerita la bienvenida a este volumen sobre populismo en América Central. Los capítulos recorren no solo la historia, sino el presente de la política en la región y los distintos anclajes de las interpretaciones que se han hecho sobre el populismo. Una pregunta obligada que sobrevuela los textos es por qué no hay casos (o al menos no tantos) de populismos exitosos en esa región. La pregunta podría ser prescriptiva y llevarnos a una respuesta breve e imperfecta: si el populismo es la forma política en la que se expresan las masas trabajadoras urbanas en sociedades que se han industrializado y complejizado demasiado rápido, dejando a estas masas desamparadas en la ciudad y disponibles para que un líder inescrupuloso abuse de ellas ofreciéndoles beneficios insustentables a cambio de su lealtad política, entonces la razón por la que no hay populismo en América Central es porque esa modernización nunca se produjo. Los regímenes de esa región premoderna presentarían autoritarismos en estado puro, formas de dominación directas con más coerción que engaño y menos preocupación por llevar a buen puerto un barco modernizador que nunca zarpó.

Algo de esto aún exudan las ciencias políticas. En *Populism. A Very Short Introduction*, el breviario de Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser que se ha convertido en una referencia ineludible para los estudios de este campo, no existe ninguna referencia a casos de América Central. La región y la identidad política en cuestión no se tocan, y los autores ni siquiera consideran necesario explicar el populismo: es fenómeno de sociedades complejas, las de América Central no lo son, parece sugerir el texto (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2017).

Afortunadamente, las respuestas a la relación entre la región y el populismo no solo son más complejas, sino que desafían los pilares del “mapa de Braden”: que la modernización es clara y específica y opuesta a la tradición y que en su forma tardía se produce en América del Sur; que democracia y autoritarismo son dos polos opuestos, incombinables y fáciles de diferenciar; y, finalmente, que en América Central no existe el populismo. Algo de este desafío se empezó a elaborar en la historiografía latinoamericana hacia fines del siglo XX. En 1990, Jeffrey Gould publica *To Lead as Equals*. Influenciado por su lectura de los trabajos de Ernesto Laclau y de Daniel James, Gould definía el “populismo somocista” de Nicaragua entre los años treinta y sesenta como el intento por “cultivar el apoyo activo o pasivo del movimiento obrero, no solo como parte de una mera táctica demagógica, sino de una estrategia para establecer un control hegemónico” mediante “la cooptación no solo de líderes obreros, sino del lenguaje obrerista propio del idioma político de las clases populares”. Solo cuando la propiedad o el poder estuvieron en peligro hacia el final del período, “la represión estatal de los sindicatos campesinos [...] delineó los límites rígidos del populismo somocista” (Gould, 1990: 15 y 81).²

Ya en este siglo, Richard Lee Turits exploró en *Foundations of Despotism* las complejas formas de identificación política de los campesinos con el dictador Rafael Trujillo en la República Dominicana. Por otro lado, la literatura de ficción sobre la isla abundó en las formas despóticas y personalistas llevadas al extremo durante el trujillato como expresiones de un régimen demencial e irrepetible (Turits, 2004).³ Sin negar esos rasgos enajenados del trujillismo, Turits iba más allá del cliché. Su último

2 El autor discute las apreciaciones que trabajos previos –como el de Carlos Vilas– hicieron del somocismo, pues parecían entender una autonomía casi total del autoritarismo respecto de la sociedad que gobernaba.

3 Los esfuerzos posteriores por entender las especificidades del trujillato retomaron ideas de los estudios sobre el populismo, pero en direcciones

capítulo explica la caída del régimen a principios de los sesenta como consecuencia de la crisis que acarreó la formación del Estado moderno y del paternalismo populista que permeaba la relación de sectores de la sociedad dominicana con el dictador en la medida que este proveía, además de coerción y brujería, una narrativa para las transformaciones que había vivido la sociedad dominicana en las tres décadas precedentes, acompañadas de los cambios en la industria azucarera y la urbanización.

Aquel recorrido se conecta con este libro en tres registros cruciales que desafían, desde América Central, las caracterizaciones (y uno se reprime de escribir “caricaturizaciones”) con las que detractores y apólogos han montado el aparato teórico para el estudio del populismo. El primero es exponer que la relación entre democracia y autoritarismo no es solo la de polos opuestos irreductibles; desde esta perspectiva, el populismo es visto en general como el descenso desde la primera hacia el segundo. Los autores que estudian estas dictaduras presuntamente “tradicionales” revelan que, aun en el autoritarismo y la coerción, la relación entre líderes y masas es de una constante producción de sentidos, creación de acuerdos y negociaciones. María Esperanza Casullo bien ha destacado que, con este “enfoque dicotómico”, la ciencia política “pierde la capacidad de analizar y comprender la miríada de casos y regímenes que se encuentran en la ‘zona gris’”: un obstáculo mayor a la hora de entender “el populismo en tanto fenómeno político [que] desafía cualquier intento de clasificación dicotómica” (Casullo, 2014: 286-287). El señalamiento de la autora contra esa polaridad irreductible abre las puertas a una afirmación que, para algunos, es un peligro y, para otros, nos representa una saludable tentación: esos polos no son tales.

Un segundo registro revelador es el de poner en cuestión los supuestos básicos de las teorías de la modernización. Estos implicaron casi siempre la idea de que el desarrollo de la economía industrial, el consumo y las clases medias debía traducirse en una expansión de las prácticas democráticas liberales. Bajo esa lente, los estudios sobre el populismo dejaron de lado América Central al no jerarquizar las transformaciones vividas en la región en la primera mitad del siglo XX, la industrialización de la producción agropecuaria, el crecimiento exponencial del capital estadounidense, la urbanización agresiva, la apertura comercial digitada. La distancia entre un Trujillo y un Perón, entonces, se revelaba no tanto en

distintas a las de Turits y enfocadas más en las formas de relación personal del régimen con los individuos. Véase Derby (2007).

los grados de autoritarismo de uno y otro, sino en el carácter supuestamente atrasado o tradicional de la sociedad en la que ejercía el poder el dictador dominicano. Para una región que tuvo en la figura de Francisco Morazán a uno de los primeros constructores del Estado liberal moderno en las Américas, la hora de revisar estos supuestos está más que superada.

Y en relación con esto mismo, el tercer registro es uno de los más relevantes en los estudios sobre el populismo: el lugar de los liderazgos personales ya no como un rasgo deforme distintivo del populismo, sino como un fenómeno intrínseco de la construcción de identidades políticas hegemónicas. Un nuevo recorrido por esos supuestos no solo revela las fragilidades obvias de la idea de que la identificación emocional de las masas con el líder es evidencia de la negatividad del afecto en la política, sino que también pone en cuestión las miradas más empáticas con el populismo construidas alrededor del trabajo de Ernesto Laclau, una empatía que roza lo que Julián Melo describe como el “exceso” de entender de manera irreductible “el nombre del líder como lugar de la totalización significativa” (Melo, en prensa).

Los temas nunca se agotan, lo que se agota es la curiosidad intelectual y el esfuerzo por buscar nuevas preguntas. El populismo es un tema abordado recurrentemente y en exceso, pero no por eso está agotado. El viraje de nuestra mirada hacia América Central es, en ese contexto, mucho más que el simple agregado de un nuevo cuarto en el infinito castillo de arena de bases latinoamericanas. Significa una oportunidad única para indagar los supuestos teóricos y las herramientas conceptuales sobre los que montamos la discusión pública y para preguntarnos desde los bordes por las omisiones y silencios que construimos a nuestro paso.

REFERENCIAS

- Casullo, M. E. (2014), “¿En el nombre del pueblo? Por qué estudiar al populismo hoy”, *Postdata*, 19(2): 286-287.
- Derby, L. (2007), *The Dictator's Seduction: Politics and the Popular Imagination in the Era of Trujillo*, Durham, Duke University Press [ed. cast.: *La seducción del dictador. Política e imaginación popular en la era de Trujillo*, Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, 2016].
- Gould, J. L. (1990), *To Lead As Equals. Rural Protest and Political Consciousness in Chinandega, Nicaragua, 1912, 1979*, Chapel Hill, North Carolina University Press [ed. cast.: *Aquí todos mandamos igual: lucha campesina y conciencia política en Chinandega, Nicaragua 1959-1979*, Managua, Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica, 2008].

- James, C. L. R. (1963 [1938]), *The Black Jacobins: Toussaint L'Ouverture and the San Domingo Revolution*, Nueva York, Vintage Books.
- Melo, J. (en prensa), "Palabras rotas. Sobre populismo, Lacan y Laclau".
- Mudde, C. y C. Rovira Kaltwasser (2017), *Populism. A Very Short Introduction*, Óxford, Oxford University Press [ed. cast.: *Populismo. Una breve introducción*, Madrid, Alianza, 2019].
- Semán, E. (2017), *Ambassadors of the Working Class. Argentina's International Labor Activists and Cold War Democracy in the Americas*, Durham, Duke University Press.
- Turits, R. L. (2004), *Foundations of Despotism: Peasants, the Trujillo Regime, and Modernity in Dominican History*, Redwood City, Stanford University Press [ed. cast.: *Cimientos del despotismo. Los campesinos, el régimen de Trujillo y la modernidad en la historia dominicana*, Santo Domingo, Academia Dominicana de Historia, 2017].

Introducción

Reconstruyendo mitos populistas en América Central⁴

María Esperanza Casullo, Harry Brown Araúz

En los últimos años explotó la producción académica sobre el populismo. Incontables libros se dedicaron al tema, explorándolo desde una multiplicidad de ángulos. Además de las cuestiones relacionadas con los partidos políticos (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2012), publicaciones recientes analizaron su economía política (Stankov, 2021), su relación con los sistemas de valores culturales (Norris e Inglehart, 2019), su impacto en los sistemas políticos, su relación con los medios de comunicación (Sorensen, 2021; Krämer y Holtz-Bacha, 2020), su dimensión performativa (Ostiguy, Moffitt y Panizza, 2021).

Esta ampliación del campo se construyó sobre una base de estudios que ya son clásicos. En 2005, Ernesto Laclau publicó *La razón populista*, libro que resultó un parteaguas. Francisco Panizza inauguró ese mismo año un renovado interés sobre el estudio comparado de los populismos con *Populism and the Mirror of Democracy* (Panizza, 2005). Con ese propósito, se publicaron también *Populism in Europe and the Americas: Threat or Corrective for Democracy* (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2012), y *Populism in Global Perspective: A Performative and Discursive Approach* (Ostiguy, Moffitt y Panizza, 2021).⁵ Estas obras con alcance interregional y global contienen estudios de caso y analizan el populismo en Palestina, Yugoslavia, Sudáfrica, Grecia, Bélgica, Canadá, República Checa, México, Austria, Venezuela, Perú, Eslovaquia, Argentina, Australia, Bolivia, Brasil, Ecuador,

4 La unidad de análisis de este libro es “América Central” y no “Centroamérica”. Hay una razón histórica: durante los tiempos de la colonia todos los países del istmo pertenecían a la capitanía de Guatemala, con la excepción de Panamá, que era parte del Virreinato del Perú. Centroamérica es una identidad histórica, América Central es geográfica.

5 Además de, por ejemplo, *The Global Rise of Populism: Performance, Political Style and Representation* (Moffitt, 2016), *The Oxford Handbook of Populism* (Rovira Kaltwasser y otros, 2017), *The Ideational Approach to Populism: Concept, Theory, and Analysis* (Hawkins y otros, 2018), *Cultural Backlash: Trump, Brexit and Authoritarian Populism* (Norris e Inglehart, 2019).

Francia, Hungría, Italia, Kenia, Holanda, Nueva Zelanda, Perú, Filipinas, Suiza, Tailandia, Uganda, Estados Unidos, Zambia, África, Australia, Europa del Este, Asia del Este, India, los Estados postsoviéticos, Europa Occidental y Turquía.

Frente a esta abundancia de contenido, aparece como válida la pregunta de por qué otro libro sobre el populismo. ¿No será además doblemente redundante, ya que trata incluso de populismo en una subregión de América Latina? Es sabido que la historia del subcontinente delimitado por el río Grande hacia el sur está marcada por el populismo, y que muchos de los textos fundamentales sobre el tema se escribieron en él o sobre él. ¿Queda algo por decir del populismo en esta región? En nuestra opinión, la respuesta es clara: no solo queda mucho por decir, sino que es una tarea crucial decirlo en este momento histórico, cuando la moneda del cambio político parece estar dando vueltas en el aire y no se sabe bien de qué lado caerá.

La producción latinoamericana sobre el populismo es abundante y compleja. Moira Mackinnon y Mario Petrone fueron precursores con *Populismo y neopopulismo en América Latina* en 1998. Kurt Weyland, Carlos de la Torre, Gerardo Aboy Carlés y Hernán Ibarra publicaron *Releer los populismos* en 2004. Flavia Freidenberg publicó *La tentación populista* en 2007, el mismo año que Julio Aibar Gaete coordinó *Vox Populi: Populismo y democracia en Latinoamérica*. De la Torre y Arnson editaron en 2012 *Latin American Populism in the Twenty-first Century*. Más recientemente, Graciela Di Marco, Ana Fiol y Patricia Schwarz abrieron una línea de indagación novedosa con *Feminismos y populismos del siglo XXI* en 2019.

Sin embargo, no abundan los estudios sobre América Central. Cuando comenzamos este proyecto, hicimos un esfuerzo para reunir la producción publicada sobre el populismo centroamericano en perspectiva comparada, y nos encontramos con que es escasa, casi inexistente. Hay dos excepciones. La más notable es el libro de Álvarez Aragón y Urrutia, *Sobre populismo y democracia en América Latina* (2010), producto de un seminario internacional realizado por Flacso-Guatemala, que focaliza sus reflexiones regionales casi exclusivamente en los casos de El Salvador, Guatemala y Honduras. La otra excepción es *Populism in Latin America*, de Conniff (1999), que incluye un pequeño capítulo sobre Arnulfo Arias en Panamá.

Por un lado, podría pensarse que en esta escasez de estudios hay una continuidad respecto de la poca relevancia que se le da a la política del istmo en la investigación que se supone global o latinoamericanista. Es usual que libros que se presentan como estudios comparados sobre “La-

“latinoamérica” se circunscriban en realidad a América del Sur. Entonces, América Central no está adecuadamente representada ni como parte de una discusión más amplia sobre la realidad latinoamericana, ni tampoco como una subregión con problemáticas específicas.⁶

Este fenómeno podría responder a distintas causas. Podría decirse, por ejemplo, que en los últimos tiempos los estudios sobre América Latina se centraron en los casos del llamado “populismo radical” en Venezuela, Ecuador y Bolivia y que, al no haber otros igualmente radicales en América Central y el Caribe, está justificada la ausencia de esta región. Sin embargo, los estudios mencionados incluyeron casos no radicales como el de Ollanta Humala en Perú, Álvaro Uribe en Colombia, Andrés López Obrador en México y Carlos Ibáñez en Chile.

También se podría pensar que el neopopulismo neoliberal latinoamericano de los noventa fue un fenómeno exclusivo del Cono Sur y la región andina, con Menem en la Argentina, Collor de Mello en Brasil, Fujimori en Perú o Bucaram en Ecuador. Sin embargo, se podría dudar de esta premisa, toda vez que durante esa misma década los países de América Central y algunos en el Caribe tuvieron gobiernos que abrazaron entusiastamente el neoliberalismo, lo que hace muy probable que existan coincidencias en los procesos políticos que lo sustentaron.

Quizá se podría explicar la ausencia de América Central y el Caribe en estos estudios por el tamaño de los países de la subregión. Sin embargo, en estas importantes publicaciones se incluyeron algunos países con población bastante pequeña como Bélgica, Austria, República Checa y Ecuador, similar a la de por ejemplo Honduras o Guatemala. Tampoco parece poder explicarse por el grado de desarrollo de las economías de los países estudiados, ya que evidentemente las publicaciones versaron sobre países subdesarrollados.

Entonces, la historia y la política centroamericana suelen ser subsumidas en una idea de “Latinoamérica” que, en realidad, solo abarca a “Sudamérica”, e incluso la mayoría de las veces privilegia a los países del Cono Sur y Brasil (aunque con frecuencia incluye a México). Se supone tal vez que América Central solo sigue o replica tendencias o procesos propios de la región en su conjunto.

6 Excepcionalmente, Weyland (2012) menciona a Costa Rica como ejemplo para ilustrar el rol de los partidos políticos fuertes para obstaculizar la aparición de liderazgos populistas, y Rosanvallon (2020) incluye a Nicaragua como uno de sus ejemplos de gobiernos populistas.

Sin embargo, una mirada superficial a la historia latinoamericana marca que América Central y el Caribe de ninguna manera siguen las tendencias políticas de sus vecinos del Sur (o del Norte), sino que, por el contrario, a menudo las inauguran o marcan hitos. La historia del populismo latinoamericano no puede comprenderse sin reconocer el impacto que tuvieron en él hechos como la destitución de Jacobo Árbenz Guzmán en Guatemala, el discurso católico y antiliberal de Rafael Calderón en Costa Rica o el antiimperialismo de Omar Torrijos en Panamá. Jacobo Árbenz Guzmán fue derrocado por un golpe de Estado en 1952, tres años antes de que lo mismo sucediera con Juan Domingo Perón en la Argentina. Podría afirmarse entonces que 1952 marcó el inicio de una época de legitimación de la violencia política para eliminar a los líderes populistas.⁷ Por otra parte, es sabido que Ernesto “Che” Guevara se encontraba trabajando como médico rural en Guatemala cuando sucedió la destitución de Árbenz Guzmán; así, sería posible afirmar, como lo hace Ernesto Semán (2017), que el evento de más profundo impacto en la política latinoamericana en la segunda mitad del siglo XX, la Revolución Cubana, es hija directa del desencanto de los jóvenes activistas con las posibilidades de la democracia populista frente al fin de la experiencia guatemalteca.⁸ Más adelante en el tiempo, en América Central se produjeron y refinaron las metodologías de represión política antipopulista, que se expandirían luego por todo el continente.

Para decirlo sintéticamente: leeremos mal la historia política de toda América Latina si no ponemos a América Central en el centro. Este es el propósito del presente libro: poner el foco sobre las raíces, la vigencia, y las frustraciones del populismo en las experiencias históricas propias del istmo. Precisamente, nos preguntamos cuáles son las características del populismo en América Central y qué aportan sus casos a la comprensión del populismo latinoamericano y global.

Además de las razones históricas, resulta imperativo escribir un libro sobre el populismo en América Central con foco en la política contemporánea. Para empezar, no es cierto que el populismo no existe en el istmo. El presidente hondureño Manuel Zelaya dio un abrupto giro en su proyecto

7 Este argumento es presentado de manera convincente por Greg Grandin (2007) en su libro *Empire's Workshop: Latin America, the United States, and the Rise of the New Imperialism*.

8 El impacto del peronismo en la génesis del movimiento revolucionario cubano es incluso más profundo. Semán reconstruye las relaciones entre el entonces activista estudiantil Fidel Castro y el agregado obrero peronista de la embajada argentina en La Habana, Jaime Tronconi. Este último habría conseguido fondos para el viaje de Castro a Colombia en 1948.

político que lo vinculó a la ola de izquierda populista bolivariana hasta su derrocamiento en 2009. Ricardo Martinelli, que fue presidente de Panamá, también puede considerarse populista, y su ascenso prefiguró la escalada populista en la región. La ola actual es innegable. El presidente de El Salvador, Nayib Bukele, anunció en septiembre de 2022 que tenía intenciones de competir por la reelección a pesar de que está prohibido en la Constitución de ese país. Ese mismo año Costa Rica, que durante casi un siglo fue considerado un modelo de democracia partidaria, eligió a Rodrigo Chaves, un populista, en medio del desplome de su sistema de partidos. En Nicaragua, el excomunista Daniel Ortega parece haber completado su viraje ya franco hacia un régimen autoritario; las acusaciones de populista ya son rutina.

Realizar esta tarea de una manera que dé cuenta acabadamente de la riqueza política de la región no es fácil. Se requieren resguardos epistemológicos. El primero es tratar cada uno de los casos aquí analizados con el nivel de detalle que se merece. El segundo es no extrapolar acriticamente nociones teóricas que fueron generadas para otras latitudes. Esto puede resultar obvio en cuanto a las teorías del populismo creadas a partir de los casos europeos, pero es necesario ser igualmente cuidadosos con la traslación de categorías generadas para pensar, por ejemplo, la Argentina o el Brasil de la segunda posguerra.

¿QUÉ POPULISMO EN AMÉRICA CENTRAL?

Parece ser una condición que toda obra sobre populismo comience con una extensa clarificación definicional: qué se quiere decir con “populismo”. Esto es natural, de alguna manera: el término es notoriamente inasible, ya que se refiere a un fenómeno en sí poliforme e impreciso. *A priori*, en el discurso común, hace referencia a un conjunto de individuos subsumidos, de manera efímera pero muy poderosa, en una población movilizadada, a la que se llama “pueblo”; a la aparición de movimientos políticos que demandan cambios en las instituciones existentes, a liderazgos fuertes. Pero hay mucho espacio para debatir académicamente los límites del concepto.

En la actualidad, si bien no existe una única definición del concepto, hay varias escuelas de pensamiento bien delimitadas. Existen cinco enfoques principales:

- el populismo entendido como “desvío” en la teoría de la modernización;

- el populismo entendido como una ideología delgada;
- el populismo entendido como un tipo de organización política;
- el populismo entendido como un tipo de discurso político o como un *frame* o marco discursivo; y
- el populismo entendido como performance pública de la diferencia sociocultural.

La teoría de la modernización ofreció la primera explicación sistemática del populismo latinoamericano (y fue importante además para la comprensión de otros casos similares en países de industrialización tardía, como Turquía, Egipto y la India). Autores señeros como Lipset (1960), Germani (1963, 1978), Ianni (Germani, Di Tella e Ianni, 1973) y Di Tella (1965) definieron el populismo como una consecuencia paradójica del acelerado proceso de industrialización de los países latinoamericanos. La industrialización incentivada por el Estado generó una clase obrera de migrantes rurales transportados a las ciudades. La rapidez del proceso urbanizador, la desafiliación de las nuevas clases populares de sus estructuras sociales, religiosas y políticas tradicionales, y la ausencia de partidos laboristas o socialistas fuertes provocaron que la nueva clase obrera se transformara en “masas disponibles” de individuos atomizados, dispuestos a seguir a líderes de clase alta o media-alta que les prometieron rápidas mejoras en sus condiciones de vida. Para este enfoque, el populismo sería una “patología” que, dado que es consecuencia de un proceso de modernización asimétrica (rápido en lo económico, lento en lo cultural y político), se habría vuelto al mismo tiempo causa del crónico subdesarrollo de la región. Las críticas a la teoría de la modernización no tardaron en surgir: representantes de la teoría de la dependencia resaltaron que la propia idea de modernización es inalcanzable bajo condiciones de dependencia global sistémica (Cardoso y Faletto, 1972); Murmis y Portantiero (2011 [1971]) mostraron cómo la clase obrera argentina había construido un conjunto denso de mediaciones y organizaciones políticas propias antes de ser interpelada por Juan Domingo Perón, y que su adhesión al peronismo tuvo mucho de cálculo estratégico; para Daniel James, fue justamente esta densidad organizacional de base lo que permitió la subsistencia del peronismo durante los dieciocho años de proscripción; French (1989) argumenta algo similar para el caso de Getúlio Vargas en Brasil.

El enfoque ideacional del populismo, basado originalmente en la obra de Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, ha ganado en popularidad

en los últimos diez años. En este enfoque, el populismo se define como un conjunto de ideas, con existencia impersonal o colectiva (de ahí la perspectiva “ideacional”). Si bien están articuladas y son reconocibles en su especificidad, estas ideas no llegan a constituir lo que a la luz de los siglos XIX y XX supimos conocer como ideología. Según Stanley (2008), las ideologías son “marcos lógicos y culturalmente elaborados de interpretación” que proveen “posibilidades interpretativas útiles” de la realidad, y por lo tanto funcionan necesariamente por simplificación. Sin embargo, las grandes ideologías modernas (el liberalismo, el materialismo histórico, el conservadurismo) poseían una densidad de contenidos que les permitía operar de manera autónoma y comprensiva. Para este enfoque teórico, el populismo es algo así como una versión “empobrecida” de una ideología. Sostiene que siempre necesita asociarse con otras ideologías porque su propio contenido ideacional no es lo suficientemente “denso” para generar un menú de políticas “coherente y comprensivo” por sí mismo (Stanley, 2008: 107). Según Mudde y Rovira Kaltwasser (2017), el populismo tiene tres núcleos ideacionales: una visión maniquea de la realidad que la divide entre un “nosotros” y un “ellos” (en el que el “nosotros” es un pueblo puro), un fuerte impulso antielitista, y una apelación a la “voluntad general” como fundamento último de la acción política. Sin embargo, estos núcleos no tienen un contenido fijo, ya que la élite puede definirse de diferentes maneras, y quien conforma el “nosotros” y el “ellos” tiene límites imprecisos, o cambiantes.

El enfoque del populismo como estrategia política, por su parte, entiende que se trata de una manera de construir poder propia de un líder personalista, que se basa en el apoyo directo de un gran número de seguidores desorganizados (Weyland, 2017: 50).⁹ En este caso, ese tipo de liderazgo resulta simplemente una elección táctica de un líder inescrupuloso, que prefiere no estar constreñido por las estructuras de un congreso o un partido. Sin embargo, el enfoque del populismo como estrategia política, también conocido como de liderazgo plebiscitario, no alcanza a dar cuenta del porqué de su éxito, y reduce el populismo a

9 En el presente libro, se optó por distinguir por géneros en algunos pasajes y por el masculino genérico en otros, de acuerdo con lo que resultó más claro y fluido para la lectura, siempre con la intención de incluir en estas páginas a todas las personas de todos los géneros. Cabe aclarar también que, si bien se optó en general por usar “el líder” y “los líderes”, la figura de “líder” no debe comprenderse necesariamente como una persona de sexo masculino, sobre todo en una región donde cada día pueden contarse más ejemplos de líderes políticos mujeres.

una cuestión de *táctica individual* de los responsables políticos. Es posible pensar, sin embargo, que no todo *entrepreneur* político que desea convertirse en un líder populista puede llegar a serlo, ya que, en definitiva, depende de la voluntad de los y las votantes aceptar o no su liderazgo. Asimismo, la identificación con un líder puede ser duradera en el tiempo, y generar identidades político-partidarias que se institucionalicen en partidos (Casullo y Freidenberg, 2017a, 2017b).

Para la escuela del populismo como discurso, por su parte, la pregunta central no es qué quiere decir el o la líder, sino de qué manera su figura logra convertirse en el núcleo simbólico y significante de todo un movimiento político. En este enfoque se destaca la obra de Ernesto Laclau, para quien la identificación del pueblo con el líder resulta de un proceso que es en gran medida impersonal y está fuera de su control. En ese proceso, un conjunto de demandas heterogéneas se organiza en una cadena que obtiene coherencia interna y contenido significativo a través de la referencia común al o a la líder (Laclau, 2005: 128-130). Panizza (2005: 10) y Rosanvallon (2020: 50) llevan más allá ese argumento sugiriendo que, al no saber el pueblo cómo nombrar lo que le falta, es el líder populista quien da coherencia y carne sensible a esas demandas y necesidades, las transforma en demandas públicas y las introduce en el discurso público. En ese sentido, el líder exitoso es aquel que consigue interpretar los imprecisos deseos de la multitud.

Finalmente, la escuela que analiza el populismo como performance pública destaca que los y las líderes populistas construyen una persona pública (a través de presentaciones directas o del uso constante de medios de comunicación y redes sociales) que hace “uso antagónico de ‘lo bajo’ en política” (Ostiguy, 2009), incluyendo lo vulgar, lo popular o rudo; por su parte, Moffitt (2016) señala que los y las populistas construyen performances que combinan elementos de lo bajo con discursos antiélite, y con la apelación constante a la idea de crisis o amenaza. Estos analistas se concentran en ejemplos de líderes que performan una “masculinidad paródica” (Mendonça y Caetano, 2021); sin embargo, existe un número cada vez mayor de líderes que hace uso de su cuerpo generizado femenino para introducir lo “antisistema”, o quienes desarrollan estilos que buscan presentar una elaborada performance de ascetismo político (Geva, 2018; Casullo, 2021; Ray Chaudhuri, 2021).

No es el objetivo de este libro dilucidar qué es el populismo de una vez y para siempre; tampoco defender la superioridad de un enfoque teórico. En todo caso, a los fines de este estudio no resulta importante decidir cuál es la mejor teoría en abstracto, sino cuál es el instrumento

más adecuado en la “caja de herramientas” teórica para utilizar como punto de partida en el estudio del populismo en América Central.

En los capítulos aquí reunidos utilizaremos un enfoque que presenta algunas similitudes con los descriptos, pero que se aparta de ellos. No porque estén equivocados, sino porque no son los más adecuados para captar la especificidad de los populismos latinoamericanos. Hay una razón para esto: el origen inductivo de las definiciones de populismo. A diferencia de otros conceptos clave de la ciencia política, el de populismo no se ha construido nunca deductivamente, sino inductivamente. No hay una definición normativa de populismo, construida más o menos *a priori*, como sí la hay de democracia, o de república, o de partido político, contra la cual se contrastan los casos existentes. La definición de democracia, por ejemplo, siempre tiene un componente normativo: primero se construye una definición sobre lo que queremos que sea la democracia, y contra ella se contrastan los casos. Algo similar sucedía con las grandes ideologías modernas. Los teóricos del liberalismo, del socialismo y del conservadurismo no operaban solo, ni siquiera en primera instancia, de manera inductiva. Locke, Marx o Burke no estaban únicamente interesados en describir, sino sobre todo en construir. El estudio del populismo funciona al revés. Ninguna teoría del populismo es normativa; por el contrario, es visto como un fenómeno que desafía el ideal de la democracia. Es más, para las visiones más críticas (incluso en la producción más reciente de Mudde y Rovira Kaltawasser), el populismo es directamente lo opuesto a la democracia.¹⁰

Los populismos latinoamericanos no son un fenómeno completamente único (si no, no podríamos hablar de populismo en general), pero tienen un “sabor” diferente. Por un lado, los partidos políticos no son el vehículo prioritario para la expresión del populismo en la región. Aunque son herramientas importantes en la institucionalización de los

10 La definición ideacional de populismo está coloreada, por decirlo de algún modo, de su origen empírico, como muestran los trabajos señeros de Mudde (2007) acerca de los partidos de ultraderecha de Europa Occidental. Metodológicamente, estos estudios se basaron sobre todo en un análisis cuidadoso de los manifiestos partidarios y de otros materiales escritos de estas organizaciones. Esta estrategia metodológica resultaba adecuada, dado que estos elementos ideacionales quedan plasmados en documentos partidarios más o menos organizados; se concluye que podría hablarse de “ideología” en sentido laxo. Asimismo, es indudable que esos partidos políticos compartían *grosso modo* otro elemento de la definición ideacional: la exaltación de la “voluntad general” emanada de un pueblo entendido como moralmente puro.

movimientos populistas y explican en parte su resiliencia (Freidenberg y Casullo, 2018), no son la arena donde se expresa, se negocia o se fija su ideología. Esa tarea la realizan las y los líderes políticos. Hay una razón por la cual los textos clásicos sobre el populismo latinoamericano, desde Lipset a Roberts, se centran en el liderazgo. Aunque uno admita que el rol de los liderazgos personales es secundario en los populismos europeos (una afirmación que se ha vuelto más debatible en las últimas dos décadas), esto no puede aceptarse para la realidad política latinoamericana. Por eso mismo, la mayoría de la producción académica de la región habla de “movimientos” populistas; la organización partidaria es una dimensión o una herramienta del movimiento, pero este la excede ampliamente.

Nos apresuramos a agregar: no se trata de que los populismos de América Latina no tengan ideología. Al contrario, como quedará claro en los análisis de caso, los movimientos populistas pueden ser extremadamente ideológicos. Más aún, las personas que apoyan estos movimientos reconocen esos componentes ideacionales y conectan con ellos. Sin embargo, el vehículo para la ideología es siempre la *palabra del líder*. Esta palabra articula las definiciones ideológicas; no tiene la obligación de hacerla consistente, ni tampoco de fijarla en un programa claramente definido. En su manifestación más extrema, la del peronismo argentino, la sucesión de un liderazgo a otro generó un curioso caso de mutación ideológica: Carlos Menem lo hizo neoliberal y privatizador durante los noventa, Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner lo volvieron nacional-popular y estatista en los tempranos dos mil.

Un segundo “sabor” que diferencia al populismo latinoamericano es cómo se define el pueblo. Si bien la idea de pueblo es central para la conformación identitaria de todos los movimientos, en general los populismos latinoamericanos operan con un horizonte en el cual su “pueblo” no tiene ninguna aspiración de pureza. No existe una construcción moralista romántica, en el sentido del *Volk* hegeliano que describe Margaret Canovan (2005). Los pueblos de los populismos latinoamericanos no se presentan como algo “puro”, ya constituido en un pasado, al cual hay que proteger de la contaminación o la impureza. No es casual que la mayor parte de la producción académica de y para Latinoamérica hable de “movimientos” populistas. Hay algo aluvional en ellos; algo que se mueve, se desplaza, se mezcla, se arma y se rearma. La impureza es la norma, no la pureza (Ostiguy y otros, 2021).

El pueblo de los movimientos populistas en general se presenta como una combinación de elementos: puede tener componentes obreros,

campesinos, indígenas, estudiantiles o feministas de clase media. El pueblo, en este sentido, se construye más como *proyecto* que debe volverse realidad mediante la voluntad política que como una entidad ya constituida. Por supuesto que existe una construcción de pueblo como *entidad moral*, como la fuente de la virtud y el coraje. Esto es clave, como en todo populismo, pero esa moralidad no se predica en términos de pureza étnica, ni siquiera pureza nacional. Existen algunas excepciones, pero por ejemplo la inmigración no es un tema central en los populismos latinoamericanos, como tampoco lo es el nativismo. Mudde y Rovira reconocen esta diferencia y hablan de “populismos inclusivos” (América Latina) y “populismos exclusivos” (Europa); sin embargo, esta distinción no es adecuada. Todos los populismos son al mismo tiempo inclusivos y exclusivos: ningún movimiento latinoamericano piensa o desea incluir a todo el mundo: el villano y el traidor deben quedar siempre fuera del “nosotros”.

**LOS ORÍGENES SOCIOLÓGICOS DEL POPULISMO LATINOAMERICANO:
LA TEORÍA DE LA MODERNIZACIÓN Y EL ENIGMA DEL POPULISMO
EN AMÉRICA CENTRAL**

Para contestar cuál es el enfoque más adecuado para estudiar a los populismos de América Central, tal vez valga la pena retornar al principio: la teoría de la modernización. Como su nombre lo indica, para estos pensadores el populismo era una consecuencia de la modernización económica de la región y su ingreso, acelerado pero incompleto, a la era industrial. En aquellos países que habían logrado formar cierta base a partir de la sustitución de importaciones (Argentina, Brasil, México), el naciente desarrollo fabril dio origen a una clase obrera industrial, urbana, mayoritariamente compuesta de migrantes internos que dejaron sus regiones campesinas para mudarse a los nuevos cinturones urbanos fabriles de Buenos Aires, San Pablo, Ciudad de México o Lima. Sin embargo, lo que podría haber sido una historia de modernización e industrialización exitosa que llevara al *catch-up* definitivo de la región con los países del Atlántico Norte¹¹ terminó, para estos autores, en una frustra-

11 No está dentro de los marcos del presente libro, pero cabe señalar que la narrativa de euforia modernizadora de la mano de un proceso de industria-

ción histórica. Estos populismos se identificaron con una intervención de gobierno de “matriz estadocéntrica”, con mayor participación estatal en la economía, redistribución del ingreso y algunas políticas del Estado de bienestar.

La teoría de la modernización analiza el populismo latinoamericano a partir de tres supuestos. El primero es que el desarrollo político “normal” debe resultar en un sistema político organizado alrededor de partidos de masas programáticamente definidos según clivajes de clase (partidos socialdemócratas *versus* conservadores); el segundo, que el populismo es una *patología* específica de la política latinoamericana que, como un virus, impidió el “normal” desarrollo político. El tercero, que el surgimiento de líderes personalistas, carismáticos y clientelares es el principal obstáculo en el desarrollo político de la región.

Los teóricos latinoamericanos de la modernización fueron gigantes del pensamiento sociológico, que ubicaron a la ciencia política latinoamericana en la primera línea mundial. Sus hallazgos también estuvieron permeados por su carácter inductivo. Sin embargo, América Central estuvo curiosamente ausente de sus análisis. La razón de esta ausencia no puede ser la falta de exponentes: los casos estudiados fueron contemporáneos de Jacobo Árbenz Guzmán, Rafael Calderón o Arnulfo Arias. ¿Cuál sería el lugar del istmo en esta teoría si se lo hubiera tomado en cuenta? O a la inversa, ¿cuán distintos habrían sido los hallazgos de esta teoría si hubiera tenido en cuenta los populismos centroamericanos? Probablemente, por ejemplo, los teóricos hubieran podido complejizar la idea de “modernización” para imaginar que existen diversos trayectos en ese proceso, que determinan diferentes puntos de llegada, populistas y no populistas. Asimismo, tal vez podría haberse percibido décadas antes que los populismos no surgen solo y necesariamente en países con mayoría de población trabajadora industrial urbanizada, que pueden existir populismos de base campesina, y que los populismos no siempre son distributivos y estatistas. Otro punto importante que el estudio de la historia política centroamericana podría haber aportado es el rol de la violencia política de las élites en la limitación o eliminación de los populismos latinoamericanos.

lización seguida del desencanto frente a la persistencia de “hábitos” políticos “no modernos” no es exclusiva de América Latina, sino que se replicó en la mirada de los teóricos de la modernización sobre otros países de la semiperiferia como Egipto, Turquía e India, entre otros.

En ese sentido, es a partir de la teoría de la modernización que se pueden empezar a entender los populismos históricos centroamericanos, al tiempo que teniendo en cuenta esos casos se puede enriquecer este cuerpo teórico que es parte de la tradición latinoamericana en el estudio del populismo.

LA AUTONOMÍA DE LA POLÍTICA Y EL MITO POPULISTA

El populismo es un fenómeno eminentemente político, aunque tiene aristas económicas y sociológicas por su impacto económico y porque hunde sus raíces de manera profunda en la sociedad. Existe un consenso bastante extendido en la ciencia política contemporánea de que el populismo es una estrategia eficaz para construir identidades políticas, movimientos de apoyo y sostenerse en el poder (Laclau, 2005; Casullo, 2019; Carreira da Silva y Brito Vieira, 2019). De esta premisa se sigue que el populismo, en tanto *forma política*, se combina con –pero no es idéntico a– los *contenidos de la política*, es decir, la ideología, las preferencias de política pública y los programas de gobierno.

El desafío metodológico es construir una definición de populismo que sea lo suficientemente amplia para contener un conjunto heterogéneo de casos (como lo es el universo centroamericano), pero que mantenga un núcleo definicional común que permita la comparación. La clave para avanzar en esta dirección reside en entender el populismo como una forma política antes que como un contenido. Aceptamos el carácter esencial de la división discursiva entre “nosotros” y “ellos”; sin embargo, esta división es de un nivel de generalidad demasiado abstracto: podría decirse incluso que todo movimiento político busca generar un “nosotros” que se oponga a un “ellos” y lo derrote. Nuestra solución va en la línea de lo establecido en *¿Por qué funciona el populismo?* (Casullo, 2019), libro que rescató y relevó el concepto de mito populista, a su vez expuesto antes pero sin desarrollar por Canovan (2005).

El concepto de mito populista apunta también a operar en un rango más acotado que el más amplio “discurso”. Por esto, creemos que ofrece mejores perspectivas para el análisis comparado. El mito corresponde a un género o plantilla formal narrativa, que tiene sus convenciones, pero que puede ser llenado de múltiples contenidos. Se trata de explicar lo que sucede utilizando un género narrativo; es similar a un cuento

popular o una leyenda pero contado como una verdad, como algo que efectivamente sucedió en el pasado. El origen de un pueblo se relata investido de virtud. Según el mito populista, ese pueblo virtuoso fue traicionado por una élite corrompida y separada moralmente del resto de la sociedad. Desde este enfoque, el líder, si lo hay, es un redentor –no un representante– cuya misión consiste en reparar el daño infligido por la élite al pueblo (Casullo, 2019: 65-70).

El mito populista delimita claramente un héroe dual (pueblo/líder redentor) que ha sido dañado por un villano que también es dual (enemigo externo/traidor interno). La dualidad del villano es muy propia de la realidad política latinoamericana. Desde la perspectiva de los populismos de izquierda (para sorpresa de nadie), ese enemigo en general ha sido “el imperialismo”, es decir los Estados Unidos, pero también puede serlo por ejemplo el FMI, o los acreedores internacionales, o las empresas multinacionales. En tiempos más recientes, el expresidente de Brasil Jair Bolsonaro invirtió la mirada, señalando a China como el enemigo externo. Sin embargo, ese enemigo externo en general no es condenado en términos morales; después de todo, los imperios son maquinarias impersonales a las que sería risible pedirles bondad. La verdadera condena moral del populismo está dirigida al traidor interno, que es una parte de la comunidad que debería estar aliada con el pueblo, pero elige ponerse al servicio del malvado externo. Aquí es donde el líder tiene mucha autonomía para señalar adversarios: la oligarquía, los “pelucones”, los “escuálidos”, etc.

Dentro del mito, el líder cumple un papel central, pero reticente: siempre presente, pero en conjunción con el pueblo. Fuera del mito, su voz, personal e intransferible, es la responsable de delimitar momento a momento quién pertenece a “nosotros” y quién queda fuera de ese grupo. Es un género que, en síntesis, tiene poder explicativo: el líder se dirige a la sociedad y le presenta una explicación a sus sensaciones de privación e injusticia. Esta explicación está basada en la noción de daño, es decir, de un mal causado por un actor social definido como villano. Y el pueblo es aquello que se constituye vía esta operación de discurso, como la totalidad de aquellos que han sido dañados por un villano moralmente degradado.

En definitiva, estas son las categorías que orientan el análisis de los casos presentados en este libro. Esta definición tiene la ventaja de que aparta el análisis de cualquier abordaje esencialista de pueblo. El pueblo no es una entidad monística, ni siquiera es homogénea. Un pueblo así definido puede articular una variedad de clases sociales, de etnias, de grupos de interés, de movimientos sociales. Si el ideal de partido político al que aspiraban los teóricos modernizadores como Germani supone que

estos deben representar una homogeneidad (una clase, por ejemplo, la obrera), los movimientos populistas dan vuelta esta fórmula y representan una heterogeneidad: el conjunto de todos los que han sido dañados.

El líder tiene un rol central en nuestra operacionalización del populismo basada en la figura del mito populista. Como se dijo antes, la centralidad del liderazgo es una cuestión de grado más que binaria; Mudde y Rovira Kaltwasser (2012), por ejemplo, analizan partidos populistas en los cuales la identidad tiene un mayor peso que los liderazgos individuales; Casullo y Freidenberg (2017a) argumentaron que en América Latina también tiene peso lo partidario, y Levitsky y Roberts (2012: 14) describieron al peronismo como un partido de masas con “liderazgos personalistas que se suceden”. También existen movimientos de la sociedad civil con características populistas, que no necesariamente coalescen en un partido político. En ese sentido, Weyland (1996) y Rosanvallon (2020) se refieren al “populismo en las calles” o al “populismo difuso” para dar relevancia a los populismos civiles que se expresan fuera de las instituciones de representación política.

Sin embargo, en la mayoría de los casos que analizamos aquí la dimensión personal del populismo sigue siendo un elemento esencial. En general, los partidos o movimientos abordados en este libro tienen una *persona*, un rostro, una voz, que funciona como el punto en común, el foco de atención que reúne las miradas de todos esos sectores heterogéneos, lo que Laclau (2005) llamaba el “significante vacío”. Y su palabra sigue siendo la única con la suficiente autoridad performativa (Verón, 1987) para denotar héroes y villanos. En su relato, el líder no le da órdenes al pueblo, sino que se presenta como “el intérprete de las necesidades de este”.

Todos los líderes se presentan como *outsiders* que fueron forzados a movilizarse y a entrar en el muladar de la política por su compromiso con el pueblo. Este punto es importante como precisión metodológica: es difícil, y hasta cierto punto inútil, desentrañar qué es verdad y qué es mentira en un mito populista. Si un mito no tiene ningún punto de contacto con la realidad es muy difícil que logre pregnancia en la sociedad; todo mito, al mismo tiempo, selecciona, combina y oscurece elementos reales según las necesidades tácticas del momento político. El líder puede ser o no un *outsider* “objetivamente” hablando. Juan Domingo Perón, por ejemplo, no era ningún *outsider*: era coronel del Ejército argentino, secretario de Trabajo y Previsión Social y vicepresidente antes de su llegada al poder. Sin embargo, en su relato *se construía* como tal: como un militar patriótico, muy tranquilo en su cuartel, obligado a lanzarse a la política por amor a su pueblo.

Dijimos al principio que el populismo podía entenderse como una forma, es decir, un modelo formal que puede ser llenado de múltiples contenidos.

Su estructura incluye un héroe, un villano y un daño, pero las personas o grupos efectivamente existentes designados para cada lugar admiten casi infinitas permutaciones. Estas pueden, además, utilizarse para legitimar distintos tipos de preferencias de políticas públicas. Si el villano designado son los bancos, es esperable que se proponga legislar para regularlos; si son los inmigrantes, es esperable que se diga que hay que restringir la migración. Es usual, por eso, escuchar que existen populismos de derecha e izquierda. Sin embargo, como veremos en los análisis de caso, este lenguaje puede resultar confuso. Ningún populismo es totalmente “de izquierda” o “de derecha” en las políticas que sigue en el gobierno, sino que todos ellos combinan posturas de maneras innovadoras y a veces incluso sorprendentes: pueden, por ejemplo, ampliar las políticas de protección social a las mujeres mientras se niegan a avanzar en la legalización del aborto (como lo hicieron Cristina Fernández de Kirchner en la Argentina y Rafael Correa en Ecuador durante sus gobiernos), o pueden combinar políticas neoliberales con expansión de los derechos políticos de las mujeres, como Carlos Menem. Mezclan elementos de las tradiciones de izquierda y de derecha, y estas mezclas son constitutivas. Los intentos clasificatorios a partir de esta dicotomía, por lo tanto, tienden a terminar creando gran confusión.

Tampoco sería apropiado decir simplemente que los populismos tienen un discurso antiélite. Para comenzar, muchos movimientos lo tienen o lo han tenido; esto es esperable bajo las condiciones sociales de las democracias de masas. El liberalismo, el comunismo, el socialismo democrático, todos ellos buscaron movilizar a las masas con algún tipo de grito contra diferentes élites (¿acaso no era una élite la Iglesia católica en el siglo XIX?). Pero, además, resulta difícil argumentar que los populismos neoliberales son verdaderamente antiélite. ¿Es posible plantear que los migrantes latinoamericanos en los Estados Unidos, o las poblaciones de origen islámico en Francia, son una élite? Aunque Donald Trump y Marine Le Pen construyen algunos recortes de la élite para configurar su adversario (los “liberales de las costas”, los “burócratas de Bruselas”), no es allí donde está puesto el foco del antagonismo.

Por eso decidimos utilizar la distinción planteada por Casullo de “populismos que pegan para arriba” y “populismos que pegan para abajo” (2019: 146-151). La cuestión aquí es adónde se dirige el antagonismo. ¿El populismo se pelea con los más ricos y poderosos en una sociedad, o con grupos desfavorecidos socialmente? ¿Se pelea con la oligarquía o con los inmigrantes? ¿Con el FMI o con las feministas? En el primer caso, hablamos de “populismos que pegan para arriba”, en el segundo, de “populismos que pegan para abajo”.

El eje pegar para arriba/para abajo se cruza con una segunda cuestión. Siguiendo a Canovan (2005), distinguimos entre populismos futuristas y populismos nostálgicos. Como señala la autora, los populismos de derecha europeos tienen una visión romántica, nostálgica, hegeliana del pueblo. Lo entienden como una entidad homogénea constituida orgánicamente a lo largo de cientos de años, en el pasado. Ahí reside la idea mítica de “pureza” que encuentran Mudde y Rovira Kaltwasser (2012, 2017) en un pasado mítico (aunque en general no se declara exactamente cuándo), y al cual hay que regresar. En este tipo de populismos, a veces llamados “populismos fortaleza” (Sitaraman, 2017), el proyecto político está centrado sobre todo en defender esa pureza del pueblo romántico de los elementos foráneos que hoy lo están contaminando: de los inmigrantes, del islam, de la ideología de género, etc. Los populismos que pegan para arriba, y en general, los populismos latinoamericanos, sin embargo, son modernistas (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2013). Es decir, no entienden que el pueblo es algo ya constituido en el pasado; antes bien, el pasado es una época de oscuridad a la cual nadie quiere volver, caracterizada por el colonialismo, la opresión y la imperfección. En general, utilizan un discurso modernizante, que busca el desarrollo de la industria y la transformación social. Cabe aclarar que ser modernizante no necesariamente es “mejor”, ya que puede llevar a sostener que aquellas partes del pueblo que retrasan al resto deben ser dejadas de lado. En América Latina, hasta los populismos de derecha suelen tener un discurso modernista.

En síntesis, los populismos pueden considerarse de derecha cuando el mito está orientado hacia el pasado, proponiendo la recuperación de la esencia de un pueblo ya constituido pero amenazado, y que por lo tanto debe ser cercado y defendido. O bien el populismo puede considerarse de izquierda cuando el mito está orientado hacia el futuro y el pueblo se entiende como una entidad que debe ser construida porque no tiene una existencia completa en el pasado (Casullo, 2019: 149).

PLAN DEL LIBRO

Los casos presentados en este libro están organizados en dos secciones: una principal que contiene los estudios de caso de todos los países hispanohablantes de América Central, y un *excursus* donde se discuten dos países del Caribe, República Dominicana y Cuba, cuyos casos ayudan a

profundizar y contrastar los aportes que el estudio de esta región brinda a la comprensión del populismo.

En el primer capítulo, Harry Brown Araúz y Claire Nevache recogen la historia de lo que denominan “la larga impronta del populismo en Panamá”. Los autores analizan la esencia de la política panameña, que tiene como gran particularidad haber albergado al “enemigo externo” (Estados Unidos) dentro de su territorio para controlar el principal recurso del país, lo cual hizo que la política del siglo XX fuera esencialmente populista. Sostienen también que esa fuerte lógica populista ha perdurado hasta implantar hoy un populismo civil en las calles.

En el capítulo 2, María José Cascante Matamoros y Juan Manuel Muñoz Portillo analizan los cambios que están transformando la política costarricense: mientras que durante décadas los analistas veían en el país partidos institucionalizados y programáticos, un colapso lento pero progresivo del sistema de partidos llevó a que se consolidaran propuestas electorales populares de derecha conservadora. La construcción de “adversarios” populistas como “los políticos corruptos”, la “ideología de género” y la delincuencia está asociada al ascenso de propuestas electorales vinculadas con liderazgos religiosos.

En el capítulo 3, Radek Buben y Karel Kouba interrogan la encarnación actual del gobierno de Daniel Ortega en Nicaragua: ¿es Ortega un populista? Los autores plantean una interesante discusión teórica e histórica que los lleva a concluir que Ortega no puede ser considerado un populista, sino que está mucho más cercano a los autoritarismos clásicos personalistas y desmovilizantes que tanto abundan en la historia latinoamericana.

El capítulo 4, de Daniel Vásquez y Andréanne Brunet-Bélanger sobre Honduras, puede relacionarse con el de Nicaragua, ya que encuentran que el modelo de liderazgo de la actual presidenta Xiomara Castro tiene puntos de contacto con la política hondureña tradicional de arreglos cupulares. Sin embargo, los autores describen elementos populistas, como la construcción del Partido Libre en tanto coalición heterogénea, con una identidad en redefinición constante facilitada por un discurso antagonista.

En el capítulo 5, Luis Eduardo Aguilar, Luis Mario Rodríguez y Gabriela Santos analizan uno de los casos más resonantes del istmo: el liderazgo de Nayib Bukele, presidente de El Salvador. Los autores identifican las fisuras del sistema de partidos salvadoreño que facilitaron el ascenso de Bukele: plantean que la transición a la democracia generó un sistema de partidos estable pero con alta desconfianza y bajísima participación ciudadana. Este contexto, agudizado por la crisis causada por la crimina-

lidad, abrió la posibilidad de un discurso punitivista que supo construir a las maras como un adversario externo con características novedosas. Bukele logró autopresentarse (mediante el uso de redes sociales) como un líder con características mesiánicas, un “instrumento de Dios”.

En el capítulo 6, sobre Guatemala, Jeraldine del Cid Castro y Luis Padilla Vassaux explican la ausencia de gobiernos que se puedan caracterizar como completamente populistas en la historia de ese país. Los autores exploran la ausencia de un proceso de modernización, la naturaleza de un régimen formalmente democrático cuyo objetivo es la desmovilización de grupos insurgentes y el rol de la violencia política como algunas de las causas de esta ausencia.

Como *excursus* se incluyen dos capítulos que discuten casos relevantes del área geográfica del Caribe. En el capítulo 7, Leiv Marsteintredet contrapone patrimonialismo y populismo a lo largo de la historia dominicana, y reconoce que la inexistente modernización fue una limitante para el surgimiento de experiencias populistas (como planteaba el capítulo sobre Guatemala); sin embargo, al mismo tiempo existe un elemento populista “en las calles” relacionado con la construcción del antihaitianismo. En el capítulo 8, Rodolfo Colalongo plantea la provocadora pregunta de si puede considerarse a Fidel Castro como un líder populista, o es necesario clasificarlo como un líder personalista autoritario clásico (algo similar a lo planteado por Buben y Kouba para Nicaragua) o el líder de un autoritarismo competitivo. La respuesta es que no corresponde a ninguno de los tres tipos.

Cerramos el libro con un capítulo comparativo. El capítulo 9 contiene el análisis de una novedosa encuesta regional que, sobre la base de nuestro marco teórico, nos permitió identificar los campos narrativos que sirvieron para construir los mitos populistas en América Central. Con todo y tomando en cuenta que tres de los cuatro países estudiados coinciden en que “los políticos” son el principal traidor interno, las bases sociales de los discursos populistas en el istmo son muy diversas. En las conclusiones, basadas en los estudios de caso, profundizamos la explicación de cómo la ausencia de un proyecto modernizador, el recurrente uso antipopulista de la violencia política, el patrimonialismo y la sorprendente debilidad del antagonismo con un adversario externo podrían explicar, en términos generales, la menor radicalidad de los populismos centroamericanos.

* * *

No queremos cerrar esta introducción sin antes agradecer a las instituciones y personas que hicieron posible la publicación de este libro. En

primer lugar, el apoyo brindado por la Secretaría Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación de Panamá y la confianza de su secretario nacional, Eduardo Ortega-Barría, que entendió inmediata y perfectamente la relevancia del tema para los países y las ciencias sociales de América Central. Asimismo, nos beneficiamos del trabajo y compromiso del personal de Centro Internacional de Estudios Políticos y Sociales (Cieps), que organizó el productivo seminario-taller realizado en la ciudad de Panamá los días 19 y 20 de enero de 2022 para discutir el enfoque y los primeros borradores de los capítulos de este libro. Deseamos agradecer a Raquel San Martín, de Siglo XXI Editores, por su inestimable ayuda en llevar a buen puerto un proyecto complejo.

REFERENCIAS

- Aibar Gaete, J. (ed.) (2007), *Vox populi. Populismo y democracia en Latinoamérica*, México, Flacso.
- Álvarez Aragón, V. y E. Urrutia (2010), *Sobre populismo y democracia en América Latina*, Guatemala, Flacso-Guatemala.
- Canovan, M. (2005), *The People*, Cambridge, UK, Polity.
- Cardoso, F. H. y E. Faletto (1972), *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI.
- Carreira da Silva, F. y M. Brito Vieira (2015), “El populismo como lógica de acción política”, *Theorin. Revista de Ciencias Sociales*, 4: 23-53.
- (2019), “El populismo como lógica de acción política”, *Theorin*, 4(1): 23-53.
- Casullo, M. E. (2019), *¿Por qué funciona el populismo?*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- (2021), “Populism as Synecdochal Representation: Understanding the Transgressive Bodily Performance of South American Presidents”, en P. Ostiguy, F. Panizza y B. Moffitt (eds.), *Populism in Global Perspective. A Performative and Discursive Approach*, Nueva York, Routledge.
- Casullo, M. E. y F. Freidenberg (2017a), “Populist and Programmatic Parties in Latin American Party Systems”, en R. Heinisch, C. Holtz-Bacha, y O. Mazzoleni (eds.), *Political Populism. A Handbook*, Baden-Baden, Nomos Gesellschaft.
- (2017b), “Populist Parties in Latin America: the Case of Argentina and Ecuador”, en R. Heinisch, C. Holtz-Bacha, y O. Mazzoleni (eds.), *Political Populism. A Handbook*, Baden-Baden, Nomos Gesellschaft.
- Conniff, M. L. (1999), *Latin American Populism in Comparative Perspective*, Nuevo Mexico, University of New Mexico Press.
- Di Marco, G., A. Fiol y P. Schwarz (eds.) (2019), *Feminismos y populismos del siglo XXI. Frente al patriarcado y al orden neoliberal*, Buenos Aires, Teseco.
- Di Tella, T. (1965), “Populismo y reforma en América Latina”, *Desarrollo Económico*, 4(16): 391-425.
- Freidenberg, F. (2007), *La tentación populista. Una vía de acceso al poder en América Latina*, Madrid, Síntesis.

- Freidenberg, F. y M. E. Casullo (2018), “Con líder o con programa: Partidos populistas y partidos programáticos en América Latina”, *Revista Latinoamericana de Política Comparada*, 14: 57-90.
- French, J. D. (1989), “Industrial Workers and the Birth of the Populist Republic in Brazil, 1945-1946”, *Views and Debates*, 16(4): 5-27.
- Germani, G. (1963), “Los procesos de movilización e integración y el cambio social”, *Desarrollo Económico*, 3(3): 403-422.
- (1978), *Authoritarianism, Fascism, and National Populism*, New Brunswick, NJ, Transaction Books [ed. cast.: *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*, Buenos Aires, Universidad Torcuato Di Tella, 2003].
- Germani, G., T. Di Tella y O. Ianni (1973), *Populismo y contradicciones de clase en América Latina*, México, Era.
- Geva, D. (2018), “Daughter, Mother, Captain: Marine Le Pen, Gender, and Populism in the French National Front”, *Social Politics: International Studies in Gender, State & Society*, 27(1): 1-26.
- Grandin, G. (2007), *Empire’s Workshop. Latin America, the United States, and the Rise of the new Imperialism*, Nueva York, Metropolitan Books.
- James, D. (2006), *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Hawkins, K. A., R. E. Carlin, L. Littvay y C. Rovira Kaltwasser (2018), *The Ideational Approach to Populism. Concept, Theory, and Analysis*, Abingdon, Oxon - Nueva York, Routledge.
- Krämer, B. y C. Holtz-Bacha (2020), *Perspectives on Populism and the Media Avenues for Research*, Baden-Baden, Nomos.
- Laclau, E. (2005), *On Populist Reason*, Londres, Verso [ed. cast.: *La razón populista*, Madrid, FCE, 2018].
- Levitsky, S. y Roberts, K. (eds.) (2012), “Latin American Left Turn: A Framework or Analysis”, en S. Levitsky y K. Roberts, *The Resurgence of the Latin American Left*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Lipset, S. M. (1960), *Political Man. The Social Bases of Politics*, Nueva York, Doubleday & Company [ed. cast.: *El hombre político. Las bases sociales de la política*, Madrid, Tecnos, 1987].
- Mackinnon, M. M. y M. A. Petrone (1998), *Populismo y neopopulismo en América Latina*, Buenos Aires, Eudeba.
- Mendonça, R. F. y R. D. Caetano (2021), “Populism as Parody: The Visual Self-Presentation of Jair Bolsonaro on Instagram”, *The International Journal of Press/Politics*, 26(1): 210-235.
- Moffitt, B. (2016), *The Global Rise of Populism. Performance, Political Style, and Representation*, Stanford, Stanford University Press.
- Mudde, C. (2007), *Populist Radical Right Parties*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Mudde, C. y C. Rovira Kaltwasser (2012), *Populism in Europe and the Americas. Threat or Corrective for Democracy?*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (2013), “Exclusionary vs. Inclusionary Populism: Comparing Contemporary Europe and Latin America”, *Government and Opposition*, 48(02): 147-174.

- (2017), *Populism: A Very Short Introduction*, Óxford, Oxford University Press [ed. cast.: *Populismo. Una breve introducción*, Madrid, Alianza, 2019].
- Murmis, M. y J. C. Portantiero (2011 [1971]), *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Norris, P. y R. Inglehart (2019), *Cultural Backlash. Trump, Brexit, and Authoritarian Populism*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Ostiguy, P. (2009), “The High and the Low in Politics: A Two-Dimensional Political Space for Comparative Analysis and Electoral Studies”, Kellogg Institute for International Studies, Working Papers n° 1690, disponible en <kellogg.nd.edu/documents/1670>.
- Ostiguy, P., B. Moffitt y F. Panizza (eds.) (2021), *Populism in Global Perspective. A Performative and Discursive Approach*, Nueva York, Routledge.
- Panizza, F. (ed.) (2005), *Populism and the Mirror of Democracy*, Londres, Verso [ed. cast.: *El populismo como espejo de la democracia*, México, FCE, 2009].
- Ray Chaudhury, P. (2021), “The Political Asceticism of Mamata Banerjee: Female Populist Leadership in Contemporary India”, *Politics & Gender*: 1-36e, disponible en <doi.org/10.1017/s1743923x21000209>.
- Rosanvallón, P. (2020), *The Populist Century*, Nueva York, Wiley [ed. cast.: *El siglo del populismo. Historia, teoría, crítica*, Buenos Aires, Manantial, 2020].
- Rovira Kaltwasser, C., P. Taggart, P. Ochoa Espejo y P. Ostiguy (eds.) (2017), *The Oxford Handbook of Populism*, Óxford, Oxford University Press.
- Semán, E. (2017), “Democracy in the Americas, the Revolutionary Way”, *Nacla*, disponible en <www.nacla.org>.
- Sitaraman, S. (2017), “Building Walls and Retreating into Fortress America: Isolation, Protectionism, and Populism – Is Making America Great Again Working?”, *Policy Insights*, 1: 1-10.
- Sorensen, L. (2021), *Populist Communication Ideology, Performance, Mediation*, Londres, Palgrave Macmillan.
- Stankov, P. (2021), *The Political Economy of Populism: An Empirical Investigation*, Londres, Routledge.
- Stanley, B. (2008), “The Thin Ideology of Populism”, *Journal of Political Ideologies*, 13(1): 95-110.
- Verón, E. (1987), “La palabra adversativa”, en AA.VV., *El discurso político*, Buenos Aires, Hachette, pp. 13-26.
- Weyland, K. (1996), “Neopopulism and Neoliberalism in Latin America: Unexpected Affinities”, *Studies in Comparative International Development*, 31(3): 3-31.
- (2012), “Populism in the Age of Neoliberalism”, en M. Conniff (ed.), *Populism in Latin America*, Tuscaloosa, The University of Alabama Press.
- (2017), “Populism: A Political-Strategic Approach”, en C. Rovira Kaltwasser, P. Taggart, P. Ochoa Espejo y P. Ostiguy (eds.), *The Oxford Handbook of Populism*, Óxford, Oxford University Press, pp. 48-78.
- Weyland, K., C. de la Torre y G. Aboy Carlés (2004), *Releer los populismos*, Quito, CAAP.